

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 3

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL SOLAR Fernando EGUREN Alberto GONZALES Álvaro HENZLER Max HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

JOSÉ ALVARADO JESÚS

«EL PERÚ NUNCA MÁS VOLVERÍA A SER EL QUE FUE ANTES.
VELASCO LO CAMBIÓ PARA SIEMPRE. EL PROCESO TERMINÓ
TRIUNFANDO: LOS PERUANOS DE AHORA YA NO SON SUMISOS».

Nací en el seno de una familia católica, provinciana y conservadora. Mi padre migró a Lima en los inicios del siglo pasado. Fui el último de cinco hermanos con todas las ventajas y desventajas de esa ubicación en la familia.

Desde que tengo memoria, en mi casa nunca faltaron los periódicos y revistas, y también libros, aun cuando para mí sus contenidos eran muy lejanos y en la práctica nunca los hice míos. En mi casa y, particularmente en la mesa, no se hablaba de política. No recuerdo discusión alguna entre mis hermanos mayores, ni entre ellos y mis padres. En la familia había apristas y comunistas, y hubo algunos parientes que estuvieron en la cárcel por política. Pero esas cosas no se tocaban en la familia nuclear, probablemente debido al peso de una microcultura familiar conservadora y autoritaria.

Siempre sentí la presencia fuerte de un hermano —diez años mayor que yo— que expresaba una preocupación marcada por orientarme en la vida, ofrecerme oportunidades, abrir mi espíritu hacia el conocimiento y ampliar mi mirada hacia horizontes cada vez más amplios. Él me impulsó a concursar para entrar al Colegio Militar Leoncio Prado, en esa época muy prestigiado; él, también, convenció a mis padres para que me autorizaran el viaje para estudiar a Argentina. De él aprendí el celo por la independencia de criterio y el valor de la honestidad pero, sobre todo, el valor de la coherencia. Él, ciertamente, fue el referente moral más importante que tuve en mi niñez y adolescencia. Esto, por cierto, no excluye a mis padres y a mis otros hermanos mayores; la diferencia era que mi hermano estaba más cerca en edad y circunstancias.

Entre los siete y los catorce años me asignaron funciones en casa: poner la mesa y comprar el pan y el periódico. Al comprar el periódico lo primero que veía era el *comic* de Benitín y Eneas y los deportes. Sin embargo, el conflicto coreano despertó mi interés y lo seguí sistemáticamente; desde entonces las primeras planas fueron también parte de mi interés. Creo que hubo hechos espectaculares en mi niñez.

Además de la guerra de Corea, que aparecía en las primeras páginas de los periódicos, ocurrió la muerte de Graña, en enero de 1947. Me llamó la atención y quise ubicar el lugar del asesinato. En esa época todavía no conocía Lima y me interesó dónde y cómo había sido; seguí el juicio.

Además, el 3 de octubre de 1948 hubo el levantamiento aprista en el Callao. Yo vivía muy cerca a la Plaza Grau, el centro de los acontecimientos. Desde un edificio alto, el más alto hasta ahora en el Callao, disparaban los francotiradores. A mi casa llegaron un capitán y un par de soldados pidiendo ayuda, si alguien podía poner inyecciones y atender a un oficial herido, que estaba en una casa cercana. Un par de compañeros del colegio perdieron una mano y otro perdió tres dedos, agarrando esos artefactos explosivos que los apristas dejaban en todas partes. Nos hemos olvidado de eso, pero en sus primeras acciones Sendero hizo recordar esas etapas del APRA. Cuando yo estaba en el colegio en mi casa me decían: «ten cuidado». Había un llamado a no concentrarme en los juegos, en los chistes, sino en estar alerta. Cuando después de varios días regresamos a clases, el Colegio Marista estaba acribillado de balas y en la calle había manchas de sangre. Estos hechos, que no solo eran de sangre sino eran políticos, me impactaron y me hicieron sensible a un mundo que me desbordaba, demasiado prematuramente porque era un niño: tenía ocho años. Este mundo exterior me llamó muy temprano a prestar atención.

Luego vino el golpe de Odría y esos afiches en las calles, en los cuales los militares barrían la suciedad de apristas y comunistas. Quedé advertido de que el mundo no era solo mis juegos, mis amigos, los chistes, los *comics*, las revistas o las lecturas. No había manera de escaparse de ese mundo que podía ser violento y muy agitado.

En el colegio tuve amigos para asuntos distintos, pero Francisco Vallejo Vidal, hijo de un alto oficial del Ejército, fue el único con quien podía hablar del país. Quizá lo relevante era el tema escogido, más que la profundidad de su tratamiento o las referencias bibliográficas que animaran conversaciones, reflexiones o debates. Francisco intentó hacer estudios de medicina en España mientras yo migré a Argentina. Entonces intercambiamos cartas que mantuvieron un diálogo que con el tiempo se fue haciendo más ideológico y también más centrado en los problemas del país. Lamentablemente, Francisco regresó al Perú, se enroló para mi sorpresa en la Guardia Republicana y murió a los 21 años en Tarma. Se había rebelado contra su comando. Luego el caso de Francisco sería tema de una de las novelas de Vargas Llosa. Es un personaje olvidado; aparece en la novela de Vargas Llosa, un poco desdibujado y un poco ensombrecido, debido al enfoque que Vargas Llosa da a estos personajes.

Francisco era un hombre inteligente y muy arrojado. Desde ese punto de vista este desenlace no me llamó mucho la atención, porque en alguna oportunidad, teniendo el respaldo de la familia en que no le pasaría nada grave, intentó «tomar» el colegio.

Eso te daba una muestra de su osadía y su arrojo. Pero, ciertamente, no fue mi única reacción, porque en el intercambio epistolar uno de los temas era Cuba. Yo estaba muy impactado por la lectura de Haya y él estaba impactado por otras lecturas. Su posición era marxista; si quieres, comunista. Cuando yo le hablé de mi lectura de Haya de la Torre, me escribió: «Pero eso es provinciano, porque lo que yo te planteo es una mayor universalidad de la humanidad frente a la injusticia». O sea, me decía, te estás quedando en un pedazo del mundo, cuando el mundo es mucho más ancho. Su muerte, de esa manera, fue para mí un aviso. Él fue un precursor de los que vinieron en 1965.

Viajé a Argentina con 18 años cumplidos, exploré posibilidades de estudios y decidí radicarme en Córdoba, donde estudiaría el primer año de Ingeniería. Al poco tiempo de iniciadas las clases, una propuesta del gobierno de Frondizi, que abría las puertas a la enseñanza universitaria privada, desató una huelga universitaria en todo el país que marcó mi incorporación de los asuntos políticos y sociales en el mundo de mis preocupaciones. El tema de los cambios sociales y políticos del Perú ya estaba instalado en mi mente y en mi corazón. De allí en adelante ya no leí primero la página de los deportes sino las noticias políticas e internacionales.

La paralización de las clases propició encuentros prolongados con compañeros peruanos de diferentes facultades que estudiaban en la misma universidad. Compartí con ellos lecturas y largas tertulias. Conocí el Manifiesto de Córdoba, que sacudió mi espíritu; leí *El antiimperialismo y el APRA* de Haya de la Torre, *El Manifiesto Comunista* y *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui. Estas lecturas fueron una tras otra, cada cual con mayor intensidad; no me convencieron, me perturbaron. Marcaron un antes y un después. Me preguntaba por qué había tenido que esperar entrar a la universidad para conocer este mundo de ideas y hechos históricos.

No puedo decir que mi estadía en Córdoba definió un pensamiento ideológico articulado y menos un compromiso con algún grupo. Más bien despertó en mí una inquietud por la búsqueda y por la resolución de contradicciones y dilemas que me habitaban. Córdoba marcó un hito en mi vida, me enriqueció. El sentido de las cosas, articular ideas que tengan sentido, el razonamiento sobre el mundo, envolverlo en un corpus ideológico, eso fue Córdoba. Me abrió el horizonte mucho más.

La huelga se prolongaba y amenazaba comprometer el año académico y ese peligro llevó a la idea del retorno. Regresé a Lima en diciembre de 1958 y en abril del año siguiente postulé a la Universidad de San Marcos e ingresé a la Facultad de Ciencias Económicas. Mi inserción en el mundo de los movimientos políticos universitarios fue instantánea, pero sin filiación partidaria; como independiente fui elegido delegado de mi clase. A los pocos meses, un par de amigos de distintos ámbitos me invitaron a ingresar en la Unión Nacional de Estudiantes Católicos. En adelante, toda mi experiencia vital se repartió entre la UNEC y mi compromiso con el gremio universitario.

Poco después conocí a Fico Velarde, Rolando Ames y Francisco Guerra García, con quienes trabajamos intensamente en la formación del Frente de Estudiantes Social Cristianos (FESC) y posteriormente el COFESC. Éramos sanmarquinos con estrechos contactos con estudiantes de otras universidades limeñas y de provincias, lo que nos permitió armar una red nacional.

«MI SIMPATÍA POR LA GESTA DE
LA REVOLUCIÓN CUBANA FUE
INTENSA, PERO SE FUE APAGANDO
EN LA MEDIDA QUE PERCIBÍA
SU PÉRDIDA DE LIBERTAD FRENTE
A LA UNIÓN SOVIÉTICA».

Mi primer año en San Marcos fue vertiginoso y conocí a los dirigentes de los diferentes grupos estudiantiles. Bajo el gran escenario de la reciente revolución cubana, la movilización política estudiantil fue intensa. Reuniones múltiples, mítines, panfletos a propósito del gran acontecimiento, sacudían las mentes, también, y mucho, los sentimientos. Mi simpatía por la gesta de la revolución cubana fue intensa, pero se fue apagando en la medida que percibía su pérdida de libertad frente a la Unión Soviética. Concebía la revolución como un cambio indispensable pero me pareció siempre una lástima que perdiera su autonomía conceptual y política.

A mí se me fue cayendo el régimen, poco a poco. Me hirió mucho, no tragué fácilmente los paredones de Fidel, que podían haberse evitado. No era congruente con el ideal que yo daba a la palabra revolución. Había una tendencia a darle un contenido más romántico, menos realista, cargado más de bondades que de violencia o maldades. La revolución cubana se me fue cayendo, un hecho tras otro. Los discursos diciendo que las revoluciones son así, radicales, a mí no me convencían mucho. La revolución cubana se fue desdibujando, hasta convertirme en un crítico del proceso.

En 1959 se producía en las universidades un profundo giro político: el APRA perdía el control político de las federaciones universitarias. Un congreso nacional de la FEP [Federación de Estudiantes del Perú], organizado en el Cusco por el APRA, fracasó rotundamente y, ante el revés, el APRA designó en Sacsayhuamán una directiva sin bases, ilegítima. Este hecho marcó mi posición frente al APRA. Para mí, ese proceder contradecía mi real simpatía por el pensamiento de Haya de la Torre. La práctica no era coherente con el pensamiento.

Las nuevas dirigencias universitarias, coincidentemente no apristas, convocaron a un Congreso de la FEP en Trujillo, al que asistí como delegado de San Marcos. La experiencia del Congreso de Trujillo fue muy importante para definir mi posición política universitaria. Óscar Espinosa Bedoya, presidente de la Asociación de Centros de la Universidad Nacional de Ingeniería, y de orientación social cristiana, resultó elegido como nuevo presidente de la FEP y el primero no aprista.

En UNEC [Unión Nacional de Estudiantes Católicos] fui invitado a trabajar con el padre Gerardo Alarco en el consejo nacional de la organización. Esto me permitió conocer otras realidades y cultivar amistades entrañables, además de disfrutar de largas conversaciones con quien era una figura importante de la Iglesia limeña. Mi tercer año en UNEC marcó otro hito: llegó como asesor el padre Gustavo Gutiérrez, quien me convocó a trabajar en el consejo de Lima de UNEC y a participar en la conformación de un pequeño grupo de formación. La cercanía a Gustavo fue sumamente importante: aprendí mucho de él y recibí lo mejor del pensamiento cristiano de la época, que Gustavo conoció en su larga formación europea. Además, él fue una fuente de cultura muy enriquecedora de la inquietud por la literatura, el cine, la música y el teatro, que abonó un terreno sembrado por mi hermano.

Debo resaltar que la división de los planos temporal y trascendente, que él me transmitió, terminó de eliminar mis propias dudas. Me sentía una persona claramente comprometida con mi fe —intención de fe— y con mi mundo —intención de civilización—. Así, lo temporal tenía su propia consistencia y autonomía. Esta división de planos, trabajada por Jacques Maritain antes del Concilio Vaticano II, rompía las ilusiones de una nueva cristiandad y abría las puertas para el encuentro con todos los hombres en un afán de construir un mundo nuevo y mejor.

No milité en la Democracia Cristiana. No había ninguna ligazón del Frente Estudiantil Social Cristiano con el partido; lo puedo afirmar a rajatabla. Hacia la mitad de mis estudios, el FESC presentó una lista encabezada por Pepe Santos Chichizola como presidente y yo como vicepresidente a la Federación de Estudiantes. Ganó la presidencia nuestro adversario Juan Alberto Campos Lama, pero el FESC ganó la vicepresidencia. Juan Alberto era mi amigo pero desconfiaba de mi independencia política por mi militancia en el FESC. Era prácticamente imposible formar un tándem de trabajo con él. Al poco tiempo, el general Pérez Godoy dio el golpe de Estado de 1962 y algunos meses después efectuó una redada y encarceló a todos los presidentes de las federaciones de estudiantes, junto con dirigentes sindicales y jefes de los partidos más radicales. El COFESC constituyó una plataforma de lucha para la liberación de los dirigentes presos en el penal del Sepa, en medio de la selva central, encabezada por la Federación Universitaria de San Marcos, cuya presidencia ocupé interinamente. En esos momentos, todas las federaciones de estudiantes de Lima

eran socialcristianas o independientes. La plataforma reemplazó en los hechos a la FEP, descabezada. Desde ella se realizaron las protestas y las gestiones ante el gobierno para liberar a los presos.

En 1963 Eduardo Barclay, por encargo del presidente Belaunde, nos convocó a Rolando Ames y a mí, para acompañarlo en la organización de Cooperación Popular Universitaria. La experiencia fue sumamente rica. El entusiasmo de los jóvenes universitarios por conocer el Perú, su gente, sus costumbres... La experiencia fue un factor importante de movilización política de los estudiantes. Se abrieron espacios de toma de conciencia en un país partido por los intereses económicos y la tradicional indiferencia criolla con respecto al Perú andino y selvático. La experiencia fue tan exitosa que Belaunde la suspendió. Se asustó.

Viajé a Europa a formarme en Ciencias Sociales. La experiencia europea constituye otro hito en mi historia personal. Los estudios, los nuevos amigos de varias nacionalidades, la lectura cotidiana de *Le Monde*, la proliferación de publicaciones, la frecuencia de actos culturales diversos, constituyeron un clima enriquecedor, distante de la vorágine sanmarquina. Después de un año de estada regresé a Lima para casarme con Shoya Boggio, quien trabajaba en Cerro de Pasco dentro de la reforma agraria de Belaunde. Con ella volví a Europa para continuar mis estudios. Puede ser un lugar común, pero mi vida cambió radicalmente y, sin embargo, mi compromiso con el país y su destino no cambió un ápice y así ha sido hasta ahora. El balance de esa etapa fue muy positivo para mí. Me reafirmé en mi compromiso con los otros y con el país, impulsado y animado por mi fe, que sufrió y sufre duros embates y desilusiones, pero que se mantiene firme. Sigo siendo un creyente. Shoya fue y sigue siendo para mí, más que una compañera de vida, un estímulo para afinar mis ideas y fortalecer mis compromisos.

Concluidos los estudios, los tres —con Luis Andrés, que nació en Lovaina— regresamos a Lima en la madrugada del 3 de octubre de 1968. Nosotros entramos al país y Velasco a Palacio de Gobierno. Me incorporé a la Universidad Católica, a la naciente Facultad de Ciencias Sociales, donde enseñé en el segundo semestre de 1968 y todo el año 1969. A fines de ese año, la Facultad recibió el encargo del rector de responder a una solicitud de la Universidad Técnica del Altiplano, que demandaba apoyo para su recientemente creada Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Shoya recibió una invitación para el mismo propósito. Me presenté como voluntario y durante el año 1970 ambos enseñamos en la Universidad de Puno.

Tomé la decisión del cambio porque sentí algo de insatisfactorio en mi experiencia en la Católica: el encierro en el campus no me atraía. El trabajo de campo me atraía mucho, compartir con la gente me satisfacía más. El recuerdo de Cooperación Popular Universitaria quizá intervino para que optara por trasladarme a Puno,

donde tuve una experiencia exitosa, conocí todo el departamento y pude ver la reacción campesina frente a la naciente reforma agraria velasquista. También pude visitar Bolivia y comparar la situación de los campesinos en ambos países.

Terminado el año 1970 se me propuso ir a Huaraz a trabajar con los damnificados por el terremoto del 31 de mayo. Acepté, previa renuncia a la Universidad Católica. Años después comprendí que mi salida de la Universidad Católica tenía una motivación más honda: no me atraía la vida de gueto de la Facultad. Por formación soy reservado, cuido mi vida privada. En Lovaina me di cuenta de que no me gustaba lo cerrado del mundo pequeño, donde se fomenta pensamientos de grupo con mucha facilidad. Siempre me han incomodado esos grupos totales, donde no tienes posibilidades de construirte en total libertad. Soy muy sensible a ese tema. Quizá por eso no milité en un partido político. En Europa llegué a la conclusión de que muy difícilmente, y solo en un contexto extraordinario, aceptaría formar parte de un grupo cerrado de acción política en el país. No es que no me sintiera capaz de hacerlo sino que, de la lectura de textos y de otras vidas amigas cercanas, concluí que la vida dentro de los guetos es menos interesante y enriquecedora que la vida en campo abierto.

La Facultad en esa época era una vida muy en común que a mí no me agradaba. Por otra parte, yo venía enamorado de haber conocido la sierra de niño y de querer conocerla mejor. Eso explica por qué estando año y medio en la facultad, digo: «yo voy a Puno». Y, luego, acepté Huaraz. Estando en Huaraz, me llamaron para asistir como invitado a una reunión cerrada con personalidades del gobierno del general Velasco. En la pequeña reunión encontré a varios conocidos y conocí a Carlos Delgado, destacado intelectual aprista. La reunión fue para mí altamente estimulante. El tema era lo que el proceso revolucionario se proponía hacer en el Perú. Es decir, se hablaba de lo que se podía hacer en el Perú desde el poder. El Gobierno ya había tomado posesión de los yacimientos de la Brea y Pariñas y había promulgado una nueva ley de reforma agraria e intervenido los complejos azucareros, símbolos del poder oligárquico. No era entonces una reunión de retórica sino de reflexión desde el poder sobre procesos en curso. Al mismo tiempo, era una invitación a participar en ese proceso.

«PARA MÍ, EL PROCESO LIDERADO
POR LA FUERZA ARMADA CONSTITUÍA
LO MÁS IMPORTANTE QUE LE
HABÍA OCURRIDO AL PAÍS EN TODA SU
HISTORIA REPUBLICANA».

Atendiendo al significado de la palabra, era una re-evolución, un comenzar de nuevo; en todo caso, la esperanza, la expectativa, la ilusión —como se quiera llamar—, era la posibilidad de poner las cosas en su lugar, atendiendo a valores de igualdad, de justicia. En ese sentido, no tendría problemas de reconocer en el caso cubano una revolución, atendiendo al propósito explícito en sus inicios. Nunca consideré menor el esfuerzo de Velasco respecto al de Cuba; en algunos casos me pareció que las ideas eran mucho más avanzadas en el caso de Velasco que en el caso cubano.

Para mí, el proceso liderado por la fuerza armada, luego de los cambios producidos y de aquellos que se anunciaban, constituía lo más importante que le había ocurrido al país en toda su historia republicana. Decidí sumarme al proceso y, concretamente, al SINAMOS [Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social], la entidad más combatida, si no vilipendiada, de los últimos decenios. Sabíamos que seríamos criticados como lo fuimos, pero sabíamos también que quienes nos atacaban defendían sus guetos políticos urbanos y no el destino del pueblo mayoritario del Perú. Combatieron la reforma agraria, buscándole tres pies al gato, porque la hicieron los militares y no ellos. Los académicos argumentaban desde las ideas, mostrando también su lejanía del pueblo y el apego a sus ideas, surgidas a menudo de su afán de pensar ideas, no hechos ni procesos.

Mis amigos católicos formaban parte de estos grupos de escépticos y asépticos. No había modo de entablar conversaciones fraternas con ellos, desde una misma fe, sin suspicacias. Acostumbrados a mirar a los demás desde la verdad evangélica, extendían con gran facilidad la actitud y el gesto en otros dominios, más terrenales, incluso con otros creyentes. Con la distancia que ellos establecían, no había modo de acercarse sin sentir que se habían constituido en un gueto que, como todo gueto, era autosuficiente. Tuve que intentar vivir mi fe fuera de estos círculos.

Pensé que el proceso de Velasco era una oportunidad de oro para voltear a la oligarquía que había marcado el siglo XX y a quien yo atribuyo el atraso y la explotación. En Puno conocí a los pastores que, por lo general, eran niños que estaban a cinco mil metros de altura cuidando sus ovejitas. Son impresiones fuertes que no me las contaron: las viví. El discurso de Velasco a mí me pareció bastante articulado, impecable pero, además, ver y sentir en carne propia las cosas que se hacían en nombre de ese discurso: un proceso de reforma agraria que planteaba superar esos problemas de atraso. No tuve ninguna duda. No había ninguna otra posibilidad: el APRA ya se había reblandecido, el Partido Comunista era un partido de cuadros. La posibilidad de cancelar una etapa y construir una nueva, a partir de ese discurso y sabiendo que la política no es pura ni es blanco y negro. Con todos los problemas que había, esa era para mí la opción del momento y había que estar ahí y apoyar que eso avanzara hasta donde se pudiera.

Sí considero que se produjeron errores, pero todo proceso encuentra a cada paso sus contradicciones, cae en errores y hay que enmendarlos. En el caso de las cooperativas agrarias, ¿a quién se le iba a ocurrir que los cooperativistas, como los antiguos dueños no trabajaban, harían trabajar a otros, contratando personal que hiciera el trabajo? Había errores por todas partes; muchas cosas eran ensayo-error y requerían una vigilancia, un monitoreo cercano y la capacidad de enmendarlos. Creo que, en la segunda parte, Velasco perdió la capacidad de monitoreo y dejó algunos temas, que primero fueron pequeños, luego se hicieron grandes y se convirtieron en grandes problemas del proceso. Los grandes cambios —y la reforma agraria entre ellos— comenzaron a tener un conjunto de problemas.

En SINAMOS fui subdirector de la Oficina Regional en Ancash y subdirector en Lambayeque, cuyo ámbito comprendía los departamentos de Lambayeque, La Libertad, Cajamarca y Amazonas. Viajaba mucho a Chachapoyas, Cajamarca, Chota, Trujillo. Venía a Lima para reuniones e invitaciones, pero mi trabajo estaba en el campo y en el contacto directo con las organizaciones. Finalmente, estuve en la Dirección General de la Oficina Nacional, en apoyo al jefe del Sistema. Terminado el proceso con la caída de Velasco y la asunción de Morales Bermúdez, acaso concluí la etapa más intensa e interesante de mi vida.

Conocí a Velasco en su casa de Chaclacayo, después de la dura prueba de la amputación de una pierna, y me pareció un hombre vivaz, centrado en el país y en el proceso que dirigía; su jovialidad no lograba disimular un espíritu fuerte y una aguda astucia.

Después conocimos la pequeñez histórica de quien se encargó de iniciar la restauración del antiguo régimen: Francisco Morales Bermúdez. Y, luego, el retorno gris de un hombre como Fernando Belaunde que en su soberbia y solipsismo quiso, sin éxito, poner entre paréntesis el gobierno de Velasco, ignorarlo, borrarlo. Lo que sucedió después, hasta el presente, fue la continuación de una larga letanía de estigmatizaciones del gobierno de Velasco.

«EN EL PERÚ SE HA **DEJADO** DE BUSCAR
UNA VISIÓN **COMPENSIVA**
DEL PAÍS, A LA MANERA DE LOS **TEXTOS**
PRIMEROS DE **HAYA** O DE LAS OBRAS DE
MARIÁTEGUI O DE OTROS PERUANOS:
RIVA AGÜERO, BASADRE...»

Concluido el velasquismo, quedaron pocas opciones. Fue una experiencia irrepetible, pero, al mismo tiempo, el Perú nunca más volvería a ser el que fue antes. Velasco lo cambió para siempre. El proceso terminó triunfando: los peruanos de ahora ya no son sumisos y es sobre las bases populares que cada vez más se jugará el destino del Perú.

No fui pues, militante de una izquierda ortodoxa o una heterodoxa. Fui militante de un proceso abierto que trascendió a los pequeños grupos de activistas que optaron por la militancia antivelasquista y la juzgaban teniendo como referente una lucha armada que nunca hicieron, ni nunca explicaron por qué la abandonaron sin haberla iniciado.

Para mí, la lucha armada siempre constituyó una opción muy seria que comprometía, más que tu propia vida y la de los tuyos, el destino del país, las consecuencias para el país y sus derivaciones políticas reales. Quizá por ello nunca creí que esa era la solución para el Perú. La experiencia de Sendero Luminoso fue, de un lado, la de una «lucha» en nombre de los pobres pobladores andinos, matándolos, y de otro lado, la de aquellos militantes de izquierda urbanos, y ciertamente no de los barrios populares, que dudaron, vencidos por sus nostalgias de sueños adolescentes, si había que apoyar o condenar a Sendero.

La crisis política que viví fue la caída de Velasco. Porque la intensidad del trabajo tenía mi tiempo lleno y tú no vives bajo el supuesto de que se va a caer el régimen sino que vives en el espacio que te da ese régimen para hacer cosas. Yo estaba en mis afanes, aun sabiendo que cuatro o cinco generales se reunían para complotar y hablé con más de uno sobre el tema, pero no pensé que lo harían. A pesar de que la atmósfera se iba enrareciendo cada vez más, francamente, tenía la esperanza de que eso no prosperara y que no llegara. Fue una crisis política la caída del régimen y, con ella, ver la velocidad de la restauración.

¿Qué quedó del Estado? En realidad, quedó poco. Para comenzar no existe más planificación en el Perú, no hay más largo plazo en el Perú. El mercado orienta el corto, mediano y largo plazo de las sociedades; entonces, ¿para qué planificar! Lo que más me choca, lo que es muy difícil de tragar para mí es que, como consecuencia de esas ideas, en el Perú se ha dejado de buscar una visión comprensiva del país, a la manera de los textos primeros de Haya o de las obras de Mariátegui o, a su manera, de otros peruanos: Riva Agüero, Basadre, etcétera. El mercado ha sustituido el pensar el país, el mercado es el gran regulador y no necesita de nada.

Si en el Estado quedó poco, estoy convencido de que en la población quedó mucho. Eso se ve con más claridad cuando vuelves a ir al interior del país, donde las cosas ya no son las mismas. Cuando lees ese viejo trabajo de Bourricaud sobre Puno y ves ahora lo que es Puno, no hay punto de comparación. Entre ese Puno que conocí

a los 18 años y el Puno de ahora, no hay punto de comparación en su gente, que es altiva. Cómo han poblado las universidades, los puestos de autoridades, de profesionales. Ciertamente, para mí, ahí está el sello de Velasco. Eso mismo lo puedes ver en Ayacucho, Apurímac, Cusco, en cualquier parte. Si no ha quedado mucho de ese Estado, lo más trascendente del proceso de Velasco está en el interior de la gente. Los peruanos de ahora no son los peruanos de antes.

Esas son las expectativas que tengo sobre el país, sobre esas bases se construirá el nuevo Perú —para bien, para mal, regular—, cómo lo harán, no lo sé. Son esas bases las que a nosotros, pertenecientes al gueto, nos molestan más. Nos molesta que hagan un jugo de naranja en la esquina y tiren a la pista las cáscaras y el agua sucia de los vasos lavados. O que la gente tire basura a la calle desde un carro; claro, antes los carros los tenía solo la clase alta, ahora los tiene cualquiera. O los gritos en el aeropuerto o en cualquier parte. Cuando has visto otras costumbres, en otras sociedades, te choca esta presencia invasora. Pero ahí donde está el origen de nuestras incomodidades, en este alternar con gente de origen rural, de seguro que ahí está también el futuro. Es ambivalente y requerirá que pasen tres o cuatro generaciones. Sí soy un optimista, creo que no habrá manera de omitir a ese Perú, como se omitió hasta antes del gobierno de Velasco. Ya no será posible.

¿Qué hace que hoy los jóvenes y los jóvenes adultos no asuman ese tipo de compromiso en el que se va la vida? Hay muchos elementos en juego. En primer lugar, el fenómeno no es solo peruano sino mundial. En segundo lugar, el Perú de hoy no es el Perú de los años sesenta. Los siete años del gobierno de Velasco, además de borrar del mapa a la oligarquía, sembraron entre los peruanos, sobre todo del interior, un sentimiento de dignidad antes inexistente. Finalmente, creo que el fujimorismo, tuvo un relativo éxito en legitimar la desnacionalización como sentimiento y práctica, con alma neoliberal. El «todo vale», siempre existió, pero mucho más atenuado y, sobre todo, deslegitimado. El gobierno de Fujimori, además de corrupto y violador de derechos humanos, convirtió la agenda de la burocracia multilateral en la agenda de su gobierno. Nunca fue menos pensado el Perú que con Fujimori. La tarea ahora es volverlo a pensar, no desde la academia sino desde el interior, desde el pueblo; preguntarse, de nuevo, si esta es la capital que el Perú merece. O cuáles son los cambios que hay que realizar para que Lima merezca ser la capital del Perú. Porque hasta hoy día no lo merece.

Los cambios nunca me causaron otras crisis. Asumí mi vida como una acumulación de experiencias. Nunca me cerré a las nuevas, más bien, siempre tuve cuidado de no tropezar con la misma piedra. Durante los años oscuros del fujimorismo, hice numerosas consultorías en los países vecinos y en Centroamérica. Después trabajé en la selva peruana y en la boliviana. Este trabajo continuó en los últimos quince años

entre diversos pueblos jíbaros, hasta hace pocos meses, cuando decidí dedicarme por entero a la lectura, la música, los encuentros con mis amigos. Mi vida no es un ejemplo de grandes sobresaltos o de opciones maximalistas que llevan por lo general, salvo rarísimas excepciones, al fracaso y a la decepción.

Sigo siendo un militante de la vida a través de Luis Andrés, María Elena y Ana Gabriela, mis hijos; y de Borja, Vera y Siena, mis nietos. No lamento nada de lo que hice. Personalmente, si alguna causa pudiera seguir en el futuro inmediato sería aquella de dar batalla, con el espíritu de los pueblos del interior del país, contra una costra limeña que se siente dueña del Perú. Cuando esa costra se desprenda, vendrán mejores tiempos para el Perú. Y soy un optimista. Creo que el Perú, con Velasco, despejó el terreno y el pueblo se fortaleció y, al hacerlo, creó las condiciones para un futuro en el que ese pueblo será cada vez más protagonista y tendrá más peso político en la construcción del futuro del Perú. Pero nosotros ya no lo veremos.